

**Cerdà i Surroca, Maria Àngela; Prat Serra, Montserrat; Zarandona, Juan Miguel (Eds.). *Escalibor. Un cant modernista artúric conquereix el món / Excàlibur. Un canto modernista artúric conquista el mundo*. Madrid: SIAL Ediciones, 2014, 255 p.**

Tan vasta como las noches y los bosques septentrionales en que nació, algún tiempo después del derrumbe del Imperio Romano, la leyenda artúrica ha atravesado cordilleras, mares y siglos, cautivando la imaginación de numerosas generaciones de hombres provenientes de tierras y geografías dispares. Tras su estela, poetas, músicos, pintores y artistas de toda índole han ido añadiendo pequeñas pero constantes gotas de agua a ese océano inmenso que constituye la llamada materia de Bretaña. Sabemos que fue Geoffrey de Monmouth, clérigo galés del siglo XII, uno de los primeros en recopilar, en su *Historia Regum Britanniae*, una serie de canciones y cuentos, en su mayoría en lenguas célticas, que hasta entonces se habían transmitido oralmente, para conformar la primera imagen literaria de Arturo: rey de los britanos y defensor de su pueblo contra los invasores sajones. Ya en Monmouth encontramos muchos de los elementos más importantes de la *arturiana*: Uther Pendragon, Tintagel, Merlín, Ginebra, Excàlibur, Avalón. En los siglos siguientes, poetas, traductores y adaptadores —tres conceptos que el hombre medieval no se apuraba en diferenciar— de toda Europa irían sumando un importante caudal de innovaciones, variaciones y reinterpretaciones: Wace, Layamon, Chrétien de Troyes, Wolfram von Eschenbach, Sir Thomas Malory, por mencionar solo algunos. Cerrada la Edad Media, varios siglos pasarían en los que el mito artúrico caería en el casi total olvido, hasta su resurrección, en el siglo XIX, de la mano de varios poetas ingleses, entre quienes destacaron Tennyson (cuyo colosal poema, *Idylls of the King*, representa una de las más interesantes adaptaciones, antiguas o recientes, de la materia de Bretaña), William Morris y los prerrafaelitas Dante Gabriel Rossetti y Edward Burne-Jones.

Es en este último contexto de revivificación de la materia de Bretaña que surge la insigne figura de Alexandre de Riquer (1856-1920), poeta y artista modernista dotado de múltiples talentos. Nacido y criado en la campiña catalana, cuyos bosques, aguas y montañas resonarán luego a lo largo de toda su obra artística, Riquer, de familia noble, se formará desde muy joven en las tradiciones artísticas y artesanales de Inglaterra, Francia, Italia e incluso del Japón. Su *Poema del Bosch* (1910), vasto y hermoso himno al bosque, al bosque mítico y legendario que todos, en mayor o menor medida, conocemos en nuestra infancia, dedica uno de sus cantos, el VIII,

*Escalibor*, a honrar y exaltar —y a recrear también a su manera— ese acervo artúrico, heredado de sus mayores, del que hemos venido hablando. Sin embargo, por azares inescrutables del destino, un siglo entero pasaría sin que su obra magna se reeditara. Maria Àngela Cerdà i Surroca, Montserrat Prat Serra y Juan Miguel Zarandona, liderando a un grupo de traductores, prologuistas y revisores, han roto valientemente el hechizo que, como a Merlín en el roble, tenía atado al poema de Riquer en el olvido. Su ingente y noble trabajo, en que se recupera y se salvaguarda una parte del legado poético de una de las figuras artísticas más notables y sugestivas del modernismo catalán, no se limita únicamente a reeditar el canto artúrico del *Poema del Bosch*, sino que, al reunir toda una serie de estudios, ensayos y traducciones, se constituye en un auténtico, actual y, por esta última razón, más que valedero homenaje al genio de Calaf.

El volumen, cuya cubierta decora, muy a propósito, una reproducción del óleo de Riquer *L'arribada de Merlín cercant Viviana al bosch encantat*, y en cuya primera página figura la dedicatoria que el poeta occitano Frédéric Mistral destinara a la primera, y única, edición del *Poema del Bosch*, comienza con una amplia e interesante sección intitulada «Bosc de paraules / Bosque de palabras», luego de unos párrafos de presentación, en catalán y castellano, por parte de Alan Yates, Oriol Pi de Cabanyes y los tres editores. En este apartado se reúnen ocho escritos y ensayos de diversa índole, todos de distintas plumas, pero con un objetivo común: introducir al lector en el mundo biográfico, literario y artístico de Alexandre de Riquer. Así, primeramente, en «Alexandre de Riquer, retrat d'un artista modernista», Eliseu Trenc, el principal biógrafo de Riquer, traza una semblanza del artista catalán, en la que el lector asiste a numerosos y esclarecedores detalles tales como la afición temprana de nuestro artífice hacia los pájaros, sus viajes, su relación con el movimiento *Arts & Crafts* de William Morris, sus trabajos y reconocimientos como diseñador, decorador y dibujante, sus primeros poemarios. Ricard Bru, por su parte, en «Alexandre de Riquer com a artista», destaca el largo y rico itinerario artístico de Riquer, y señala la indeleble huella de la naturaleza en su obra. Luego, Maria Àngela Cerdà i Surroca, en «Alexandre de Riquer com a ideal prerrafaelita», discurre sobre la importantísima influencia que la escuela prerrafaelita de Inglaterra dejaría en Riquer. En seguida, Isabel de Riquer Permanyer y Daniel Navarro Torró, en «Art, tradició i llegenda en l'Escalibor riqueriana», realizan un interesante rastreo filológico de las fuentes medievales artúricas de que se nutrió nuestro poeta, comparando los originales de Malory y de la Vulgata artúrica con algunos versos del *Escalibor*, a partir de motivos comunes como los de la nave de Salomón, la espada, el buen caballero, la patria, la fe y el amor, entre otros. Después, Alain Verjat, en «Melin des bois», estudia la representación y configuración del Merlín *riqueriano* y su filiación con el bosque del *Poema*. Jaime D. Parra, entre tanto, describe, en «Simbolismo del bosque», el

inmenso y fértil corpus mitológico, literario, onírico y artístico que el ideario del bosque ha constituido en múltiples culturas a lo largo de la historia. Posteriormente, María del Pilar Romero del Río, en «Los árboles favoritos de los celtas y la epifanía de los bosques en Alexandre de Riquer», repasa la simbología que varios tipos de árboles, como los abedules, avellanos, espinos, manzanos, nogales, robles y serbales, representaban para los pueblos celtas (toda vez que, como la misma autora sugiere, el bosque artúrico es, en esencia, un bosque celta), y la conjuga con el *Credo*, naturalista y casi panteísta, de Riquer. Carmen Borja, por último, en «El vibrar del bosque», dedica una selección de sus poemas, en donde figuran, de igual modo, Perceval, los cedros, los héroes, el errar sin descanso —elementos caros a la materia de Bretaña—, a la memoria del poeta del bosque.

El canto VIII del *Poema del Bosch, Escalibor*, es presentado a continuación, en su texto original en catalán. Seguidamente viene la sección quizá más ambiciosa y extensa del volumen: las traducciones del *Escalibor* a múltiples lenguas. Como hombre universal que fue Riquer, no deja de llamar la atención, de manera especial, esta singular y encomiable labor de, no solamente revivir su legado para los hablantes de las lenguas iberorromances, quienes compartimos una común herencia, sino de querer llevarlo a países y culturas de tan heterogéneos orígenes. En efecto, las lenguas de destino de las traducciones son las siguientes: alemán (a cargo de Bernhard Bleibinger), inglés (a cargo de Deborah Dietrick), arpitano (a cargo de Luca Tillier y Flora Corradin), vasco (a cargo de Juan Kruz Igerabide), castellano (a cargo de Jaime D. Parra), esperanto (a cargo de Jean-Marc Leclercq), francés (a cargo de Alain Verjat), húngaro (a cargo de Faluba Kálmán), italiano (a cargo de Valerio Nardoni), japonés (a cargo de Toshiaki Arimoto), occitano gascón (a cargo de Ferriòl Macip i Bonet), occitano languedociano (a cargo del Cercle d'Agermanament Occitano-Català), portugués (a cargo de María Luisa Falcão Murta), rumano (a cargo de Virgil Ani), ruso (a cargo de María Sánchez Puig), sardo (a cargo de Giagu Ledda) y chino (a cargo de Ku Menghsuan). Así, en lenguas romances, germánicas, eslavas y no indoeuropeas se ve reanimado el espíritu del canto artúrico de Riquer. Además, los editores presentan también una versión catalana en prosa poética, más asequible a los lectores contemporáneos, llevada a cabo por Jordi Lladó, y que sirvió de base, dicho sea de paso, para muchas de las otras versiones. El logro que se obtiene con este trabajo es, pues, a más de estético y reivindicativo, lingüístico y filológico, y de ahí uno de sus más valiosos aportes al acervo intelectual moderno.

Finalmente, luego de un epílogo por parte de los editores, dedicado al «caballero Merlín, la dama Viviana y el poeta Riquer», se ofrece, como detalle digno de un libro del artista completo que fue Riquer, una galería artística con reproducciones de varias de sus más bellas ilustraciones, junto con una fotografía, de hacia 1896, en donde el poeta posa para Napoleón, retratista modernista de la época. Para terminar,

los editores presentan una exhaustiva y minuciosa bibliografía de y sobre Alexandre de Riquer, que a buen seguro será de mucho provecho para los investigadores, estudiosos o meros aficionados de la obra del poeta del bosque. Una breve cronología de los hechos más notables en la vida de Riquer cierra el volumen.

*Escalibor* presenta el arribo de un «bon Cavaller», un *buen caballero* (piénsese en el «*good knyght* sir Galahad» de Malory, como muy agudamente hacen notar Riquer Permanyer y Navarro Torró en su estudio introductorio), luego de haber atravesado el mar, a una isla desierta y solitaria. Allí descubre una barca, una nave —que resulta ser la de Salomón—, en cuya cámara interior yace, bajo un dosel de armiño, la espada sagrada, Excálibur, destinada, según la antigua profecía, a aquel caballero de más puro y recto corazón, de «creencia santa» e «ideal fervent». El *buen caballero*, sin vacilar ni retroceder ante la amenaza («no allarguis les mans a la teva dissort»), toma la espada entre sus manos; la nave se desvanece entre las aguas bullentes del mar, y el caballero aparece, besando a Excálibur, en medio de un bosque «ple de vida». Las estrofas siguientes se encargan de describir el bosque, primigenio y vasto, del genio de la espada, de Merlín y Viviana, de Arturo y sus caballeros, de Lanzarote del Lago, de Perceval, en el que aún resuena el cuerno de Roldán partiendo de Roncesvalles («el corn de Roldan partint de Roncesvalls»), el yunque en que Sigfrido forjaba las náyades del Rin, vigilantes del tesoro («el drinch de l'enclusa hont Sigfrid va forjant, / les nayades del Rhin vigilant el tresor»), y en el que destellan todavía los ojos de Fafner («els ulls de Fafnet d'una llum rutilant»); bosque de flores y cánticos, de valles y hondonadas, montañas y terraplenes, en que el agua, de ríos «brillants y lluminosos», fluye siempre pura y transparente para calmar la sed del *buen caballero*; el bosque que resguarda las hazañas y gestas de los héroes, el vuelo y trinar de las alondras, las albas y los ocasos: es el bosque destinado al *buen caballero*; el mismo bosque en que se revela, en el día postrero, el lago a cuyo seno el herido y sangrante caballero, su mirada «somniadora y vaga», desciende lentamente, con la espada santa en alto. El agua cubre a caballo y caballero, y sobre la superficie se alza, eternamente, Excálibur. Y a ella hacen llegar los músicos y poetas, desde todos los países, las ofrendas de sus cantos y alabanzas. Es importante hacer notar este último elemento, de adaptación netamente *riqueriana*, ya señalado por Riquer Permanyer y Navarro Torró en su texto de introducción, y que demuestra el gran genio creativo e imaginativo de nuestro poeta catalán: en efecto, la espada, según las fuentes medievales, reposa en aquel lago desde que Giriflet (para la Vulgata) o Sir Bedevere (para Malory) la arrojaron allí a pedido de su rey moribundo; en Riquer, en cambio, «es el *buen caballero*, herido de muerte, quien avanza, solo y a caballo, como el *Sir Galahad* del pintor Arthur Hughes, “lago adentro”, la espada enarbolada» (p. 49) (la traducción es propia).

Así pues, y en conclusión, este tesoro que Maria Àngela Cerdà i Surroca, Montserrat Prat Serra y Juan Miguel Zarandona nos obsequian con este volumen se constituye en una invitación, más que necesaria, a recuperar y acoger, en nuestras voces y memorias, la obra de un poeta y artista universal. A los lectores nos queda ahora la responsabilidad de divulgar este valioso legado de belleza y nobleza, sobre todo en los tiempos que corren, tristes, olvidadizos e ingratos. Con total seguridad, y como quieren los editores en su epílogo, Riquer ya es de todos, y el título de este esfuerzo (*Un canto modernista artúrico conquista el mundo*) habrá de verse así correspondido. Las generaciones por venir podrán entonces recordar y revivir, a través de sus versos, la gracia de una época soñada por el hombre —desde— hace mucho: tal es la magia de la poesía; tal, la de *su* poesía.

Simón Andrés Villegas  
Grupo de Estudios Literarios (GEL)  
Universidad de Antioquia, Colombia